

*RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III*

MANUEL LARANJEIRA

(*LA NACION*)

SALAMANCA, MARZO DE 1912.

Espero que este nombre no le sonará mal o enteramente nuevo a alguno de mis lectores de «La Nación», recordando haberlo leído en una mi correspondencia titulada «Un pueblo suicida» y referente a Portugal, que apareció en estas mismas columnas el 23 de diciembre de 1909 y reproducida luego en mi libro «Por tierras de Portugal y de España». Y recordará el lector una carta de un mi amigo portugués llena de la más amarga y trágica desesperanza y en que me hablaba del pésimismo suicida de Antero de Quental, de Soares dos Reis, de Camilo Castelo Branco, y me decía que en Portugal «la única creencia aún digna de respeto es la creencia en la muerte libertadora» y que le preocupaba no saber si vamos hacia la vida o hacia la muerte, sino si moriríamos noble o miserabilmente. Pues, el autor de aquella carta trágica, mi querido y desgraciado amigo Manuel Laranjeira, ha entrado en la muerte hace unos días por la puerta misma porque entraron en ella Antero, Camilo y Soares dos Reis.

No hace aún un mes me envió su testamento público, un breve volumen de poesías titulado «Commigo (versos d'un solitario)» lo único, fuera de unos pocos artículos de revista, que al público ha dado. En la dedicatoria autógrafa me decía: «coração». El día 15 de este mismo mes, no hace aún una docena de días, dictaba la última carta que me escribió diciéndome que una fiebre hepática le tenía en cama hasta que le llevase la muerte. Y acababa diciéndome. «Adeus, meu querido amigo, até... não sei quando. Do coração». Poco días después un común amigo me noticiaba que el día 23, hace hoy cinco, había acabado Manuel Laranjeira su vida suicidándose de un tiro de revolver. La intelectualidad portuguesa, empiezando por Guerra Junqueiro, piensa dedicarle un número único en homenaje y me pedía unas cuartillas para él.

Pobre Laranjeira! Le conocí en el verano de 1908 en Espinho, donde ejercía por caridad hacia sus próximos y casi siempre desinteresadamente, la medicina. Aprendimos una estrecha amistad que ni la muerte, así lo espero, ha cortado. Reconocí en él a uno de los más típicos productos de su país y de su tiempo, a un alma ansiosa de suprema libertad, de eterna dicha, que sufrió en la vida. Una especie de patriotismo cínico y una desesperanza de la finalidad humana del universo, todo ensombrecía su alma. Trabajamos correspondencia cristolar discutiendo en ella nuestro distinto modo de protestar contra el destino. Y predijo muchas veces cuál había de ser su muerte. Me acordó, no sé si por desgracia o por fortuna. Lo que sé es que mientras unos protestan con su muerte otros protesta-



3-102
La Nación, Bucios
Aires 8 abril 1912

mos con la vida. Y seguimos esperando en que un día se rompa el misterio.

El único libro que Laranjeira dejó, «Commigo», no es un libro de ciencia—siendo él, como era, hombre de mucha y muy buena ciencia—es un libro de sabiduría, pero de sabiduría fatídica. Es una colección de diez y nueve poesías, y de ellas nueve sonetos. Los sonetos, sobre todo, recuerdan los trágicos sonetos de Antero de Quental, otro suicida.

Desde la primera composición titulada como el libro «Commigo» con el aditamento de «diálogo com a minha alma» empieza la lluvia de plomo.

Pobre alma desilusionada,
ten mal é não esquecer
que tudo faltava na vida...

Y sigue el eterno lamento

Um coração que não crê
na mentira cegamente,
coração feliz não é.

Que la verdad, destruyendo la mentira, mata la felicidad; que quien busca la verdad busca su perdición; que es venenosa la verdad y envenena el corazón; que muere la ilusión redentora; que nos stor-

menta una sed loca de vivir; que se intenta volver a la fe como a un hogar abandonado y hasta la fe se encuentra envenenada; que hay que renunciar a la ventura; que el remedio es naufragar; que no puede vivirse la vida como la soñaba el desco; que es locura desejar y pedir a la vida injusta lo que ella no puede dar; que es mentira la paz; que hay otra paz más sagrada que la paz de nuestro hogar;

paz de quem vai de jornada,
para a verdade, paz santa!
paz de lucha, abencoada!

que no debe intentar vuelos de águila quien no tenga alas de águila para volar; que sería ceguera intentar abrir las alas sin fe que las sostenga; que vivir sin fe es vivir ja muerte; que el secreto de no ser vencido es creer; que... Y así todo; ¡todo así! ¿Que intentó ser Dios y era Dios su ambición propia; que como si un genio perverso le impeliere a la desdicha o le hubiese malojarado en la cuna heredó la ambición que incita a ser Dios o a succumbir en la jornada infinita; que sentía las alas de su mocedad como velas rotas por la tormenta; que veía al hombre condenado a extinguirse como un grito en eco; que se desesperaba de vencer a Dios o de serlo; que toda la verdad es morir; que... A qué seguir? Y el pobre autor de esta lamentable letanía sellaba su testamento con su suicidio.

En las demás poesías la misma queja. A tarde lenta cahe, E cahe também uma melancolia venenosa, meu Deus! que se não sabe donde vem... E vem do fundo d'alma...

Dirige palabras trágicas a su corazón, mandándole que renuncie y si quiere cerrarse en regiones más puras vive encima de la tierra y de las tormentas, solitario como las agujas en las alturas. A sus amigos nos dice:

nao posso crer, nem posso amar ninguém,



3-102

Aunque esto no es verdad, pues amo mucho. Y creyó también. Y añade: «pero qué remedio sino vivir así puesto que no tengo fe en la muerte?» Esto sí, pues por falta de fe en la muerte se ha quitado la vida. Los que esperan de la muerte algo la esperan luchando en la vida.

La última poesía de la colección es un soneto titulado «Vendo a muerte» y los tercetos dicen:

A morte! sempre a morte! em tudo a vejo
tudo m'a lembra! e invade-me o desejo
de viver tuda a vida que perdi...
E nao me assusta a morte! Só me assusta
ter tido tanta fe na vida injusta
... e nao saber sequer p'ra que a vivi!

¡Pobre Laranjeira! Trató siempre de confortarle, de hacer que de sus mismas doctrinas, del fondo mismo de su desesperación trascendente, sacara una trágica esperanza, que aceptase una vida de lucha, de pasión, de protesta, que substituyese a la fe con un ardiente anhelo de creer, que rezase con sus actos... ¡Todo inútil! Como no era uno de esos progresistas que como su paisano Magalhaes Lima—un político!—creen que el libre-pensamiento es por esencia optimista, llevaba la muerte en el alma.

En aquella mi correspondencia, a que al principio de ésta aludía reproducí, traducida, una de las cartas que el pobre Laranjeira me escribió y aquí os acabo de dar leyes muestras de su testamento público y poético. De una poesía áspera, seca y ardiente, enjuta, sin húmedas frondosidades, sin esa profusión de versos invertidos de los que cantan—¡cantan!—no más que para engañarse y engañar y cosquillearse un oído simplicísimo de tañedor de tantam congolés, una poesía llena de pasión y de verdad. Y ahora quiero daros a conocer otra carta, que retirose a una misa me escribió en diciembre de 1908.

Déjame así:

«Amigo: Tiene razón; Portugal es una tierra trágica, «trágica a la griega», y Camilo es, por así decirlo, el Sófocles de nuestra vida fatídica. A través de la obra del gran suicida pasa en ráfagas, en una tempestad de entusiasmos y desánimos, en accesos, riendo y llorando trágicamente, el espíritu de la tierra portuguesa. Esa obra refleja, como habrá V. visto, todo nuestro pesimismo de instinto, toda nuestra intuitiva filosofía de desesperación. Antero de Quental, al contrario, raciocina y sistematiza esa nuestra nativa filosofía de desánimo. Camilo no; Camilo la dramatizó, la contó apenas. Ambos llegaron a la misma desesperadora conclusión, a la misma máxima de «fatídica sabiduría», según el expresivo decir de su carta: uno, Camilo, por instinto, a través de la lógica del sentimiento; otro, Antero de Quental, a través de la inteligencia y de la lógica de la razón. Si el uno es trágico como Sófocles, el otro es desesperado, estoicamente desesperado, como Epicteto o Marco Aurelio.

«Déjeme servirme de una imagen de óptica. La desesperación del alma portuguesa reflejase en la obra de Camilo, tal como es, como en un espejo plano; y reflejase

en la obra de Antero de Quental como en un espejo convexo, concentradamente.

«Este principio de la «fatídica sabiduría» nos habrá permitido llegar, como V. a veces cree, «al más triste fondo de la verdad humana? Tal vez, amigo, tal vez. Al cabo, el hombre, a través de su insaciable conquista de verdades, ¿qué es lo que ha conseguido? Deshacer ilusiones, deshacer ilusiones, deshacer ilusiones. Desbaratar ilusiones y reducir el coeficiente de felicidad y por consecuencia disminuir la posibilidad de llegar a la tierra prometida... o deseada.

«El hombre sólo adquiere una verdad a costa de una desilusión, como ve, a un precio desmedidamente doloroso. La última verdad será la que nos desbarate la última ilusión: la ilusión de la inmortalidad. El día en que el hombre, asesinado la última esperanza por la última verdad, adquiera la certeza de que su paso por la tierra es un rastro efímero y que su sed de eterno es un deseo perdido y vano, en ese día trágico en que el hombre tenga que renunciar a su locura de absoluto...—ya sabe, Don Quijote también se volvió «cuerdo»... para morir.

«Para el suicidio!—no será al cabo éste el sentido de la vida, de la vida humana por lo menos. Tal vez, tal vez.»

(No se olvide que poco más de tres años después de haberme escrito esta carta su desgraciado autor se ha quitado la vida.)

«Y tal vez tenga V. razón, en verdad, al afirmar que Portugal, acá en el extremo occidente, esté dándose de manos con el Extremo Oriente en la contemplación de la «terrible verdad» de la filosofía bídica. No me chocaría que así fuese, y hasta sería natural y humano. Querría eso decir que habiendo conquistado nosotros la India, a su vez la India se vengó y nos conquistó; que nosotros le conquistamos la tierra y ella nos conquistó el espíritu; que nosotros le dimos la esclavitud y ellos nos pagaron con la venenosa verdad, de su desesperada filosofía; que nosotros los vencimos y ellos nos vencieron. Y si es así, si es ésta «la cordura precursora de toda muerte», ¿por qué no habrían de darse las manos desillusionadas en esta hora de cansancio y de desesperación hombres del extremo occidente y del extremo oriente en una fraternidad dolorosa de vencidos? Por lo demás, ya tuve ocasión de decirle en otra carta: lo que me preocupa no es la muerte; es saber «cómo», es saber si se morirá noble o miserabilmente.»

En el resto de la carta esta me hablaba de Filial de Almela y luego de una conferencia que preparaba yo por entonces para ir a darla a Valladolid.

«Pobre amigo! Y pienso tristemente si no alimenté yo sin quererlo, en cierto modo, su pesimismo. Recuerdo una frase de Guerra Junqueiro que hablándome de Antero me dijo una vez: Antero no se suicidó él; le suicidó Oliveira Martins. Pero, no no; los suicidas se suicidan ellos mismos. Y por lo que al caso de mi pobre Laranjeira hace tengo ante Dios y ante los hombres la conciencia de haber tratado de hacer activo y batallador su pesimismo, de haber tratado de que sacara esperanzas



del fondo mismo de su desesperación. No podría haber tratado de hacer de él un progresista porque no lo soy yo mismo, pero...

Y no espores ahora, lector, que me ponga aquí a declamar contra el suicidio, a acusar a mi pobre amigo, ¡no! No es esta la ocasión. Ni es este del suicidio un problema de que se pueda tratar en abstracto. Es una enfermedad, sin duda, y condenar las enfermedades me parece una cosa ridícula. Declamar contra el suicidio sobre el cadáver de un suicida es algo así como declamar contra la tuberculosis sobre el cadáver de un tuberculoso.

¿Y tratar de curar o evitar las enfermedades? me diréis. Sí, pero no engañando. Y hay un cierto optimismo, el optimismo progresista que debe ser credo de los lútreos pensadores, según Magalhaes Lima, que no es sino un engaño. Y de los desengañados nacen los suicidas.

(Oh, aquellos paseos por Espinho, a la vera del mar resonante, del mar que canta naufragios y esperanzas, aquellos paseos

con el pobre Laranjeira, a ver ponerse el sol entre las olas lejanas, o junto a los tristes pinares! Mi pobre amigo había perdido la antigua fe y no podía creer tampoco en la ciencia, no podía creer que la ciencia nos traiga la felicidad; ¿le culparemos por ello?

Acaso todo esto parezca no ya lugubre, sino extemporáneo, inadecuado a la labor periódica de un publicista, en esas tierras. Era menester pensarlo en el ambiente portugués saturado del alma de Camilo y de Antero, a cuya trágica visión no ablanda la terrible ironía de Eça de Queiroz. Todas estas cosas acaso no se comprenden del todo bien en pueblos nacientes, juveniles, ricos, que creen en la virtud felicitadora del progreso, pero...

Mi deber, mi deber ahora, frente al **re-**
ciente cadáver de este mi desgraciado amigo que se quitó la vida—y no es el primero; ahí está, entre otros, Angel Ganivet—es agarrarme más y más a la vida para protestar contra todo lo que ha hecho que el pobre Laranjeira se haya matado; para protestar contra la mentira y la injusticia; para protestar contra el vacío espiritual, contra la falta de ansia de fe, contra el falso progresismo, contra la ramponería. En otro ambiente Laranjeira se habría conservado para luchar. La desilusión puede ser una fuerza de vida.

Y allí yace, en su tierra portuguesa, en la tierra que tanto amó, al borde de los melancólicos pinares, mientras ci arrullo del mar, del mar de las tormentas y de las calmas aún más terribles que aquéllas, breza de su último sueño. Le dice de remotas aventuras ultramarinas do sus abuelos, cuando corrieron con Castro y Albuquerque y Vasco de Gama, a conquistar las Indias; le dice de un largo naufragio de la raza; le dice también de misterios prehistóricos del alba de la humanidad. Y en tanto recuesta él su frente ensangrentada en el regazo de Dios, que quiso también gustar la pasión y la muerte.

*

No bien acabo de escribir lo que precede, y antes de ponerlo en el correo, recibo carta de Pedro Blanco, excelente músico español establecido en Oporto y amigo que fué del pobre Laranjeira, y en ella me dice:

«A mí como a V., como a todos los que lo «conocimos», no me extrañó Laranjeira se habrá suicidado hace ya tiempo; estoy por decir que V., señor Unamuno, no conocí ya más que un cadáver. El supremo gesto fué apenas una consecuencia; el suicidio por, el horrible, el dramático y sobrehumano suicidio de Laranjeira, fué el suicidio moral de la renunciación. El que fué un afectivo, un amoroso—a pesar de todos sus escepticisimos externos—se vió abandonado en sus últimos tiempos de todos sus afectos. él, que como médico de cuerpos sabía que no tenía remedio el suyo, esperaba la muerte estoicamente—estoy seguro de ello—como consecuencia lógica de su enfermedad, pero llegó el día en que despertando su espíritu rebelde, inadaptable, orgullosamente inadaptable, como Antero, como Camilo, como los otros héroes de esa taza de suicidas portugueses, encendido en esa misma rebeldía, tuvo vergüenza moral de morir mal, y se mató. Su muerte natural hubiera sido una muerte simplemente patológica, y su espíritu, que conservó su lucidez hasta el fin, hubiese tenido que asistir al acabamiento físico de su ser, espectáculo doloroso para un espíritu como el suyo, y aquella criatura que durante su existencia entera no hizo más que aspirar a esperar infinitamente tantas esperanzas vanas, no quiso orgullosamente esperar la única cosa cierta que la vida da: la muerte.

¡Qué triste pueblo, tan noble y tan desgraciado en sus grandes héroes! Usted que lo conoce mejor que la inmensa mayoría de los portugueses, sabe bien que el acto de Laranjeira es un caso de raza en Portugal; un caso de raza... intelectual.»

Hasta aquí mi amigo Blanco.

Y ahora que los creyentes cristianos de un lado y los creyentes progresistas del otro, comenten cómo quieran este caso.

¡Y el pobre Laranjeira, que descansase en paz, pues mereció la paz y el descanso!

NICOLÁS DE UNAMUNO.

